

LA ENTREVISTA
DEL SABADO

EL EDUCADOR HA DE SER HOY EXPERTO EN JUVENTUD

Hermano Basterrechea



Quizás entre unos y otros estemos a punto de conseguir que "la querrela nacional" de la enseñanza se convierta dichosamente en "el debate nacional". La querrela significa una guerra en la cual se utilizan las armas disponibles que golpean al adversario, dejando la solución de los problemas para cuando ya el campo esté dividido en vencidos y vencidos. En cambio, el debate significa poner a la vista de todos el planteamiento escolar de cada cual con objeto de hallar juntos el camino que nos lleve a metas eficaces para educar correctamente de una maldita vez a todos los hijos, presentes y futuros, de España. A los curas y frailes de este país nuestro nos

lítico de izquierdas se atreve a confesar que lo pasó muy bien en un colegio de frailes y que aprendió gratuitamente a leer y a escribir. Yo que conozco la biografía infantil de algunos diputados jóvenes me quedo con la boca abierta oyéndoles lo que a veces les oigo. Y pienso que equivocan el camino, porque cabalmente en el asunto de la enseñanza debemos poner unos y otros con honestidad y limpieza las cartas sobre la mesa. Ninguna persona sensata pretende hoy tener en su mano el programa exclusivo que dará prosperidad a España sin la colaboración de los demás. Hemos aprendido todos lecciones de humildad. Chesterton exigía como regla de oro de la educación que estuviéramos muy seguros de una cosa antes de atrevernos a decirselo a un niño. De los planes de enseñanza que nuestros políticos elaboren de aquí a la primavera del año que viene tenemos colgado el futuro de España. Urge que abandonemos recelos y rencores, que olvidemos historias oscuras.

—Hermano Basterrechea, ¿a qué atribuye usted la odiosidad de la izquierda española frente a los colegios religiosos?

Se llama José Pablo Basterrechea. Nació en Santander, pero con sólo verlo no hay que preguntarle si es vasco. En plena y recia madurez, gobierna desde Roma los doce mil hermanos del Instituto La Salle, que por casi ochenta países del mundo han montado escuelas. Viene para presidir mañana domingo los actos iniciales del centenario de la llegada de los hermanos a España. En el barrio Montemolín de mi infancia zaragozana les decíamos cariñosamente "hermanos del babero", por ese amplio cuello francés almidonado que

—Pero hay aún gente que odia sus colegios, hermano general. ¿Por qué?

—Pienso que la raíz profunda de algunos rencores contra los colegios religiosos está en el rechazo que hoy produce todo lo "sacro" en la vida social.

—Sin duda. Vea, por ejemplo, el caso de la sotana y de otros símbolos religiosos, que entran en desuso inevitable por una especie de consentimiento tácito.

—Ocurre igual en otros ámbitos sociales.

—La familia ha cambiado el sistema de relaciones internas con otro enfoque de la autoridad y del respeto. Por eso no ha de extrañarnos que "mojeste" una etiqueta "religiosa" en los centros de enseñanza. Al margen de los errores y de las equivocaciones que los responsables de la enseñanza cristiana pudimos además cometer.

—¿Y cuál sería la solución para acercarnos a una concordia?

—Queda un modo claro: que recuperemos a pulso la confianza que hemos perdido.

—Sin embargo duele contemplar que hombres educados en sus colegios hablen mal de sus maestros.

—A mí me gusta reconocer con lealtad que nuestros colegios atropellaron un poco la libertad de los jóvenes sometidos a un marco estrecho que sujetaba excesivamente sus impulsos.

—Lo cual dejó en ellos una huella de disgusto.

—Y produjo la reacción amarga que ahora manifiestan. Sin embargo, algunos antiguos alumnos nuestros atacan los colegios por motivaciones más hondas: perdieron la fe religiosa y esa sensación de vacío la vuelven contra nosotros. Queda todavía un margen para la moda de los tiempos presentes, que exige tomar posturas de rechazo contra los valores religiosos tradicionales.

—Los Hermanos de La Salle fueron reconocidos en Europa como amigos de la gente traba-

que pondrían si tuvieran la escuela llena de los chicos más distinguidos de Francia: que los hermanos eduquen a cada rapaz... como si fuera el delfín de Francia, el hijo mayor del rey. Redactó cuidadosamente las reglas a que se ajustaría el desarrollo del Instituto. Escribió una "Guía" pedagógica, en la cual resume sus estudios y su experiencia para que los hermanos sepan dar clase no sólo con amor, sino también con fruto. A los novicios les enseñó métodos de oración y les descubrió amplios horizontes en el ejercicio de las virtudes. Para los chicos de las escuelas compuso libritos de texto y un precioso "Tratado de urbanidad cristiana". Quiere el señor de La Salle que sus estudiantes sean finos y educados, tanto o más que los niños de familia rica. Ocurrió todo esto a finales del siglo XVII. Me tomo en serio las acusaciones feroces de Iván Illich contra la escuela, pero

mente ese principio. Las familias han de cuidar como suyos los colegios donde la educación se ajuste a un proyecto pedagógico escogido por ellas. La instrucción no puede desligarse del ambiente ideológico que imparte una u otra visión global de la vida. Las familias que prefieran transmitir a sus hijos un mensaje cristiano han de disponer de escuelas donde la enseñanza de las matemáticas, y de la geografía, y de la literatura, y de la historia no dañe, sino que estimule la interpretación religiosa de la vida.

—¿No basta la presencia de educadores cristianos sembrados por todas las escuelas laicas del país?

—No basta, aunque su trabajo es importante. La escuela, cuando lo confiesa y cuando no lo confiesa, responde a planteamientos ideológicos. Es inútil pretender disimularlo. Y la comprobación está en la norma rotunda que aplican los países de gobierno totalitario del signo que sea, y claramente los gobiernos marxistas: suprimen sin vacilar la libertad de enseñanza. Los Her-

"Un tratamiento inteligente de las realidades lleva consigo el respeto a la libertad de enseñanza, y ningún Estado puede atacar impunemente ese principio"

pienso que para intentar desmontarla hay que mojarse primero las dos manos en una fuente de respeto

—¿Por qué a los Hermanos de La Salle, amigos de la gente trabajadora, se les considera en España titulares de grandes colegios?

—No lo fulmos. Hasta la República de 1931 nuestro instituto constituyó en España un conjunto de escuelas gratuitas y algún colegio de pago, muy pocos. Las escuelas gratuitas las sosteníamos con diversas fórmulas de asistencia. Pero los colegios eran muy pocos.

—¿Y durante la República?

—Estuvimos dedicados a defender nuestras escuelas, puestas en peligro por la razón estúpida de que nosotros éramos religiosos.

—¿Qué ocurrió después de la guerra?

—Que según se operaba en España el aumento del nivel de vida nos vimos acosados a peticiones para abrir nuevos colegios, incluso por parte de trabajadores que habían frecuentado nuestras escuelas y ahora querían que sus hijos estudiaran con los Hermanos. Nunca consentimos que el aumento de colegios dañara el cuidado de las escuelas gratuitas, pero tuvimos que aceptar el afán de promoción social que surgía impetuoso en los hogares de los antiguos alumnos. Esta nueva floración de colegios planteó problemas económicos que tuvimos que afrontar.

—¿Qué piensan los Hermanos en el momento presente?

—Me atrevería a decirle que existe una inquietud de conciencia "revulsiva" con afán de volver a los orígenes y dedicar a las clases humildes nuestro esfuerzo pleno. Considero insensato cerrar los colegios. Pero en

manos tenemos experiencias del mundo entero. En cambio, los países de vida democrática madura respetan, estimulan y apoyan la aportación de todas las instituciones a la enseñanza pública siempre que haya garantías de calidad controlada por el Estado.

—¿Entenderemos los españoles este lenguaje?

—Hay que dar por bien empleadas las tensiones que ahora mismo se han planteado en torno a la enseñanza si nos sirven para aclarar ideas y buscar entre todos fórmulas de convivencia. Desde el costado cristiano debemos ofrecer un diálogo sensato y limpio.

—¿Y por el costado socialista?

—Deben examinar nuestras posiciones con madurez democrática. Tenemos que renunciar todos a la prepotencia.

—¿Son más difíciles los jóvenes de hoy?

—Hay que aceptar sus puntos de vista. No me parece bueno encerrarlos en internados al sistema antiguo. La educación ha de ser abierta y creadora. Saliendo de los centros clásicos para acercarse a los chicos en los lugares que ellos aman. Y en la calle, su calle, que son los clubs, los centros deportivos, los cafés juveniles. El educador ha de ser "experto en juventud". El Papa nos instó a los Hermanos para que seamos "fieles a los jóvenes, tal como ellos son".

—Es tarea difícil.

—Y poco brillante. Pero no hemos de perder de vista que todavía la mayoría de los jóvenes pasa la mayor parte de su existencia en la escuela. Por eso hemos de conseguir "la comunidad educativa" que integre las aportaciones de todos para lograr el resultado de una educación excelente, válida.

—¿Son jóvenes o viejos los Hermanos de La Salle?

—En Francia, más bien mayores. En España, Méjico y, sobre todo, Filipinas, bastante jóvenes. En otros países, muy mezclados.

—Ustedes eran en mis tiempos "aparatosamente religiosos", por sus hábitos y su horario sacrificado. Hoy aparecen como "profesores normales". ¿Les ha costado sangre su adaptación?

—Sí; en los últimos diez o doce años perdí hasta cinco mil hermanos. Hemos pagado el tributo a los tiempos nuevos. Pero estamos hoy tonificados, vemos claro nuestro estilo y nos sentimos firmes en la vocación educadora.

Cuando yo era niño me parecía mentira que estos maestros tan buenos no dijeran misa. Luego comprendí que su vocación estaba decididamente orientada hacia la enseñanza. Y me encantaba su estilo laico. Pero si conseguimos que la Santa Sede nombre cardenales seglares y los incorpore al supremo senado de la Iglesia católica, la primera plaza corresponde por derecho a este vasco firme, sereno y amable que gobierna desde Roma doce mil maestros comprometidos en la más bella aventura de nuestro tiempo: la educación de los hombres nuevos.

José María JAVIERRE

"Todos los colegios del país debieran ser gratuitos cuanto antes"

ha sonado siempre en las capas profundas de la corteza cerebral la amenaza del célebre estribillo: "Si los curas y frailes supieran / la paliza que van a llevar..." Muchos no tentamos conciencia de merecer tan descomunal paliza, y desde luego nos apetecía "subir al coro cantando / libertad, libertad, libertad". Pero la España tradicionalmente partida en dos mitades decidió que cada ciudadano debía elegir su trinchera y disparar con escopeta de cañones recortados. En el tema de la enseñanza queda una fuerte dosis residual del viejo estilo. Mucha gente de derechas considera peligroso enviar sus hijos a una escuela nacional o a un instituto "porque los maestros son ateos y revolucionarios". En contrapartida, ningún escritor o po-

traían abierto sobre el pecho. A mí, que estoy apuntado en la lista sospechosa de "curas izquierdosos", no me avergüenza reconocer que los veneré. Y los quise. Los quiero. Nunca se me ha borrado la estampa de aquel mediodía en que mi pobre madre viuda decidió cogernos a los hijos de la mano por ir a visitar al hermano Adolfo y explicarle que no podíamos acudir al colegio si habíamos de comprar el "Cálculo comercial", que valía trece pesetas con cincuenta céntimos. La escasa paga de viudedad no daba para libros. El hermano Adolfo acogió a la pobre viuda, le regaló para los niños el "Cálculo comercial" y le dijo que no se preocupara, todo iría bien, los cuatro saldrían adelante.

jadora. ¿Por qué en España se les considera titulares de colegios espiendorosos?

Juan Bautista de la Salle perteneció a una familia noble del siglo XVII francés. Por el invierno de 1693 el hambre acosó a París y se hizo famosa la queja de Fenelon a Luis XIV:

—Estos pueblos, señor, que debierais amar, se retuercen en la miseria. Francia es un inmenso hospital.

Juan Bautista de la Salle vio claro este postulado:

—Hay una miseria mucho más triste que la que mendiga en las puertas de los templos: la ignorancia.

Decidió sacrificar su vida para cumplir esta obra de misericordia: enseñar al que no sabe. Enseñar, sobre todo, a los pobres, a los desarrapados, a los niños de familias humildes. Andaban tirados por la calle, sin que nadie se ocupara de ellos a no ser para meterlos en la cárcel des-

"Hay que dar por bien empleadas las tensiones que ahora mismo se han planteado en torno a la enseñanza si nos sirven para aclarar ideas y buscar entre todos fórmulas de convivencia"

pués de una barrabasada. Los colaboradores de La Salle, hijos de gente distinguida, renunciaron a un porvenir brillante, abandonaron sus familias, sus fincas, la vida social perfumada y divertida. Ni siquiera se hicieron sacerdotes para evitar que luego les empujaran a ocupar sillas de relieve en el coro de la catedral o en el trono del obispo. Fueron sencillamente hermanos, amigos, maestros buenos y eficaces, inclinados hacia los niños para entenderles, para escucharles; les hablaron en su lenguaje infantil, y a fuerza de cariño vencían todos los recelos. La Salle quiso que sus hermanos cumplieran este oficio de enseñar a los pobres con la misma ilusión y con el mismo cuidado

caso de duda estamos decididos a que jamás sea cerrado un colegio sencillo, de los que la gente llama pobres. Y en cambio si cerráremos cuando sea preciso colegios ricos.

—Colegios de pago.

—Para nosotros el principio básico es rotundo: todos los colegios del país debieran ser gratuitos, cuando antes. Es un problema nacional que debemos afrontar entre todos para que el Estado lo consiga. Evitando las peleas que nos llevarían a un "clasicismo al revés".

—¿Cómo ve los avances hacia la socialización de la enseñanza?

—Hay que partir del hecho indiscutible: la familia, y el niño en la familia. Un tratamiento inteligente de las realidades lleva consigo el respeto a la libertad de enseñanza y ningún Estado moderno puede atacar impune-